

rador del pasado. Como quiera que el ayer, el antes, el pasado, es evocado en el presente por la facultad de la memoria, por nuestra posibilidad de **recordar** resulta que el hombre más cumplido ante sí mismo y ante la sociedad, será el que haya creado más felices **ayeres**. Por eso he dicho muchas veces entre amigos, que trabajamos para el día de ayer, para los días de ayer.

Un presente dichoso depende así de un pasado feliz. De este modo, gracias al **recuerdo**, palabra verde y jugosa de la que manan sin cesar hilillos de agua fría —esto en el decir de García Lorca—, el ayer penetra en el mañana y se funde en un concepto ideal que crea nuestro tiempo, que nos hace, que nos lleva a sobrevivir en la fama, en la buena memoria, en el recuerdo que dejamos. Inevitablemente acuden aquí aquellos versos de Jorge Manrique en la muerte de su padre, que así dicen:

Y aunque la vida murió
nos dejó harto consuelo
su memoria.

Hay teorías pesimistas que se oponen a esta concepción optimista de la vida: el tedio y la angustia dominan la existencia humana, el hombre vive en el absurdo, procede de la nada y se sumerge en un futuro irracional. ¿Qué interés puede tener por algo, por alguien o por todo en general? ¿Qué es el tiempo para nosotros sino una servidumbre existencial; vivida en el hastío? Otros conceden al tiempo una realidad objetiva considerándolo como una creación divina en la que nuestras vidas transcurren reguladas por exigencias morales de las que depende nuestra salvación.

No quiero ni puedo profundizar mucho sobre estas cuestiones. Lo fundamental, lo esencial es que somos y que somos finitos. Esto es algo natural, no tiene nada de terrible, no debe asustar al hombre sensato. Dice Jorge Manrique, en el mismo poema citado:

Y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara, pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura.

O lo que es lo mismo: nuestro tiempo consciente, tiene un fin: nuestro devenir lleva consigo nuestra desaparición de este mundo. Y si es necesario morir con aceptación, también es necesario que vivamos con aceptación, considerando nuestra vida como un goce, como un bien, como una posibilidad de dicha permanente, como una obra que se ha confiado a nuestra propia responsabilidad, como un tiempo de belleza, como un tiempo creador en que, si

fatalmente sufrimos mutaciones físicas y de todo orden, tenemos, la venturosa compensación de cambiar el mundo y la sociedad en beneficio del hombre, de nuestra especie.

La vida es una aventura llena de peripecias interesantes. Realizarla conveniente y felizmente es problema en cuya resolución intervienen factores individuales y colectivos relacionados con la época, el momento histórico y el contexto social en que nos desenvolvemos.

Crear nuestra vida es casi, casi, verle la cara a Dios. Es una función que nos eleva sobre nosotros mismos. Se necesita esta conciencia de la **vida como creación** para interesarse en el tiempo. Si el tiempo no es el ANTES - AHORA - DESPUES, vivenciado por el yo, la vida no traspone los límites de la selva.

Con estas implícitas premisas llegamos fácilmente a lo siguiente: el tiempo es un hecho existencial y un fenómeno social. Como hecho existencial explica nuestro ser; como fenómeno social, nos permite definir nuestra personalidad. En el fenómeno social hablamos de tiempo dependiente o comunitario y de tiempo libre; el primero es el que procede de nuestras obligaciones en la sociedad y por el que proveemos a nuestra subsistencia y participamos en nuestros deberes familiares; el segundo es el que nos pertenece libremente, fuera de nuestras ocupaciones habituales y obligadas. El primero se podría llamar el del trabajo; al segundo se le podría llamar el del ocio. La parcela correspondiente al trabajo es más fácil de cultivar que la parcela correspondiente al ocio; aquélla se trabaja con reglas impuestas por razones de disciplina, productividad y servicio; ésta, la del ocio, se cultiva con actividades que se originan de acuerdo con la cultura, la edad, la situación económica, la educación familiar, el medio profesional, el alojamiento, etc., etc., de los individuos.

Sería ideal —y a eso tiende la orientación vocacional— que el tiempo dependiente o comunitario, se emplease en aquello que resultase más adecuado a la capacidad y aptitudes del individuo; sería ideal que en la educación del trabajador se combatiese la idea de que el trabajo es algo con lo que forzosamente se ha de cumplir; sería ideal que el trabajador aceptase con alegría su deber de realizar el trabajo dependiente: que la ética sublimase el esfuerzo físico.

Sería ideal, pero por ahora, es mucho pedir. En la civilización industrial que vivimos, las ocupaciones especializadas con su inherente monotonía y la división del trabajo y las tareas que implica la racionalización de la producción, han conducido al hombre que trabaja, a una profunda desmoralización. Esta desmoralización, ha sido en parte neutralizada por la reducción de la parcela del trabajo dependiente como consecuencia de la automatización de las tareas. A la reducción de la parcela del trabajo dependiente se corresponde la ampliación de la parcela del ocio. O sea que, a medida que avanzamos en nuestra civilización, aumenta la producción con menos horas de trabajo.

Estamos en el umbral de la civilización del ocio. El tiempo libre puede convertirse en el fundamento de un nuevo humanismo. Debemos esperar una edad de oro, no porque en ella las cosas vayan a ser de este preciado metal sino porque en ella no se conocerá "lo tuyo" y "lo mío". (Permítaseme parafrasear a nuestro inmortal Cervantes). El tiempo libre, como conciencia solidaria, presenta posibilidades infinitas, imposibles de enumerar, para un desenvolvimiento natural de la especie humana, rica en veneros espirituales todavía inexplorados; el tiempo libre y su organización adecuada pueden producir un nuevo modelo de hombre.

Comencé diciendo: aquí estoy, en mi tiempo libre. Perdonen la impertinencia. ¿Qué sería de mí y de mi tiempo libre sin la paciente audiencia que ustedes han formado?

Me gustaría hacer algunas reflexiones más sobre el tiempo de la vejez, pero prefiero dejarlas en el silencio. Salvaré una solamente: y es que en los viejos es más importante la ocupación activa del tiempo libre que en los jóvenes. Los viejos no deben descansar. Y si es posible, deben estar siempre estudiando, aprendiendo, conociendo. Conocer es vivir, dice nuestro premio Nóbel, el poeta Aleixandre. Perdonen también que nombre a tantos poetas. Es que yo pienso que la poesía es la esencia del conocimiento y que nos lleva al conocimiento de las esencias. La poesía penetra los metales que la ciencia no puede horadar. Así, todavía quiero mencionar a otro poeta, Antonio Machado, y a un poema suyo muy breve, en el que el poeta casi niega la muerte. Y tiene razón Machado: la muerte no existe, porque el hombre no la ha vivido, no ha tomado ni puede tomar conciencia de ella. Sabe que es finito, sabe que ha de morir, pero no sabe cómo es la muerte. Pregunten incluso a un médico y verán que difícil le resulta hablar de ella. Pues bien, Machado nos enseña a no temerla; podemos trabajar hasta el fin de nuestros días. Y a los viejos nos toca la dicha de trabajar para los demás en la misma medida en que nuestro futuro se va acortando. El poema dice así:

Daba el reloj las doce... y eran doce

golpes de azada en tierra...

... ¡Mi hora! —grité— ... El silencio

me respondió: —No temas;

tú no verás caer la última gota

que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía

sobre la orilla vieja

y encontrarás una mañana pura

amarrada tu barca a otra ribera.

INDICE

Un Soñador Profesional / Rosaura Barahona	5
Trayectoria Lírica de Federico García Lorca	7
Picasso (Textos para un Videocassette)	20
La Gran Aventura de León Felipe	26
Reflexiones Sobre el Tiempo	34

DE ARTE Y DE LETRAS (II) DE ALFREDO
GRACIA VICENTE SE TERMINO DE IMPRIMIR
Y ENCADERNAR EL DIA 12 DE ABRIL DE
1986 EN LA EDITORIAL RICARDO COVA-
RUBIAS DE MONTERREY, N. L., MEXICO.
LA EDICION ESTUVO AL CUIDADO DE HO-
RACIO SALAZAR ORTIZ.

REFLEXIONES SOBRE EL TIEMPO

... O lo que es lo mismo: nuestro tiempo consciente, tiene un fin: nuestro devenir lleva consigo nuestra desaparición de este mundo. Y si es necesario morir con aceptación, también es necesario que vivamos con aceptación, considerando nuestra vida como un goce, como un bien, como una posibilidad de dicha permanente, como una obra que se ha confiado a nuestra responsabilidad, como un tiempo de belleza, como un tiempo creador en que, si fatalmente sufrimos mutaciones físicas y de todo orden, tenemos la venturosa compensación de cambiar el mundo y la sociedad en beneficio del hombre, de nuestra especie...

Crear nuestra vida es casi, casi, verle la cara a Dios. Es una función que nos eleva sobre nosotros mismos. Se necesita esta conciencia de LA VIDA COMO CREACION para interesarse en el tiempo. Si el tiempo no es el ANTES - AHORA - DESPUES, vivenciado por el yo, la vida no traspone los límites de la selva.

ALFREDO GRACIA VICENTE

Colección "Las Uvas y el Viento" / 10

Ediciones de la Escuela Preparatoria No. 1
de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Monterrey, N. L., México

1 9 8 6